

El ejercicio del pensar

#55

Octubre 2024

Mariátegui y la revolución latinoamericana

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Jaime Ortega
Carlos Segura
Genaro Carnero Checa
Rodolfo Puiggrós
José Aricó
Francisco Paoli

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Historia y coyuntura:
perspectivas
marxistas**



El ejercicio del pensar no. 55 : Mariátegui y la revolución latinoamericana / Jaime Ortega Reyna ... [et al.] ; Editado por Luis Alvarenga ; Carlos Pérez Segura ; Jaime Ortega Reyna. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-916-6

1. Revoluciones. 2. América Latina. I. Ortega Reyna, Jaime II. Alvarenga, Luis, ed. III. Pérez Segura, Carlos, ed. IV. Ortega Reyna, Jaime, ed.

CDD 320.8

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinadores

María Elvira Concheiro Bórquez

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

México

elvira.concheiro@gmail.com

Marcelo Starcenbaum

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Argentina

mstarcenbaum@gmail.com

Patricia Flor De Lourdes González San Martín

Observatorio de Participación Social y Territorio

Universidad de Playa Ancha

Chile

plgonzal@upla.cl

Equipo Editor

Luis Alvarenga

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

lalvarenga@uca.edu.sv

Carlos Pérez Segura

Instituto de Formación Política de Morena

carlosperseg@gmail.com

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

gtmarxismo@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>



Contenido

5 Presentación a “Mariátegui y la revolución latinoamericana”

Jaime Ortega
Carlos Segura

12 Intervención de Rodolfo Puiggrós

Exrector de la Universidad Nacional de Buenos Aires

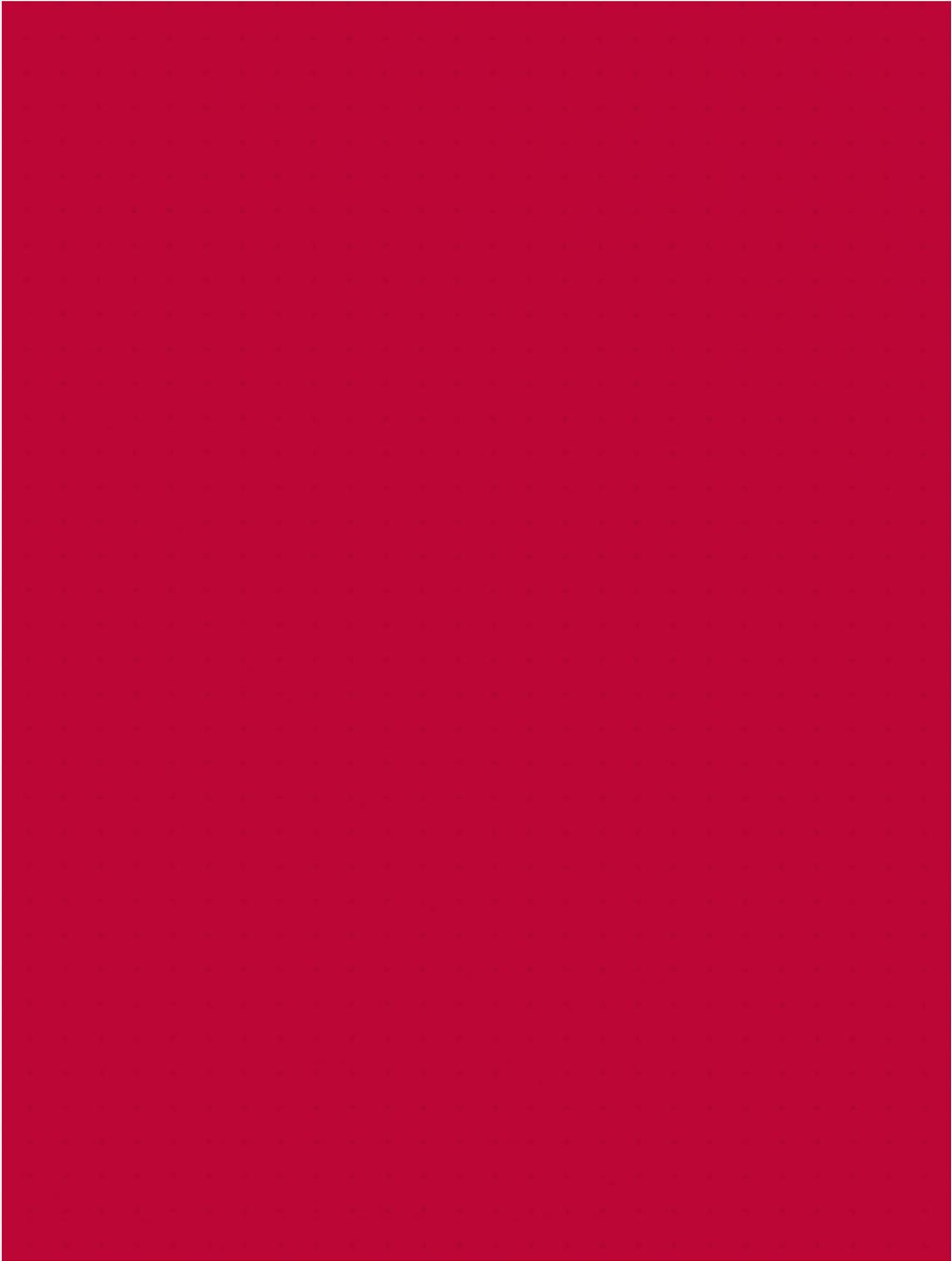
16 Intervención de José Aricó

Profesor del Colegio de México y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

21 Intervención de Francisco Paoli

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Azcapotzalco





El ejercicio del pensar
Número 55 · Octubre 2024



Presentación a “Mariátegui y la revolución latinoamericana”

Jaime Ortega*

Carlos Segura**

El ánimo del Grupo de Trabajo “Historia y coyuntura: perspectivas marxistas” es ofrecer insumos de carácter teórico y reflexivo sobre las distintas veredas de la confrontación de clases que protagonizan los sectores subalternos. Esto implica, también, la cavilación sobre las experiencias teóricas de gran calado que se han convertido en sostén de la producción posterior. Es de todos reconocido que el nombre y la práctica de José Carlos Mariátegui habilitaron una importante vena interpretativa, misma que ha atravesado los más diversos campos y registros, colocándose en primera fila dentro de las más variadas discusiones más importantes de nuestro tiempo.

El conjunto de textos que ahora recogemos formó parte de los múltiples homenajes realizados en torno al Amauta, y que tuvieron en México un espacio importante. En este caso se trata de una reunión menos conocida que el Congreso de Sinaloa (abril de 1980), y se desarrolló en el marco de la “Jornada de Solidaridad con el Pueblo Peruano” (agosto de 1979). Consistió en una mesa redonda titulada “Mariátegui y la revolución

- * Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas y editor del boletín *El Ejercicio del pensar*.
- * Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas y editor del boletín *El Ejercicio del pensar*.

latinoamericana”. En esta discusión participaron el peruano Genaro Carnero Checa, los argentinos Rodolfo Puiggrós y José Aricó, así como el mexicano Francisco Paoli, quienes destacaron algunos de los aportes más significativos de Mariátegui a la comprensión efectiva de la revolución latinoamericana, tal y como ésta se había desarrollado hasta aquel tiempo. Tales intervenciones fueron posteriormente transcritas en la revista *Textual*, de la Universidad Autónoma de Chapingo. De ahí fueron retomadas para ser republicadas en el presente boletín, en un ejercicio de reconstrucción de nuestra tradición teórica, así como de reconocimiento a uno de los personajes latinoamericanos que han constituido el núcleo central de las luchas emancipatorias.

Con este número esperamos cumplir con la tarea de repensar nuestros actuales debates políticos a la luz de las discusiones todavía abiertas que evocan al pasado no como arqueología, sino como una tradición actuante. Al tiempo que enfrentamos una aguda realidad latinoamericana marcada por la crisis, la recomposición de fuerzas políticas populares y la irrupción de múltiples respuestas derechistas, también observamos el advenimiento de nuevas corrientes políticas que se nutren de la tradición latinoamericana.

Intervención de Genaro Carnero Checa, Secretario General de la Federación Latinoamericana de Periodistas¹

Queridos amigos, por varias circunstancias adjetivas, creo que se me ha dado el privilegio de iniciar esta mesa redonda. Yo quisiera, antes de entrar en el tema en sí, aunque esto ya significa ingresar en el mismo, refrescar un poco la memoria de todos ustedes sobre quién es José Carlos Mariátegui, presentar su figura y su contorno, porque esto nos va a servir

¹ Fue secretario de la Federación entre 1976 y 1980.

muchísimo para llegar al fondo del tema “Mariátegui y la Revolución Latinoamericana” que hoy nos convoca.

Mariátegui fue un hombre de ascendencia indígena, su madre era indígena, de la costa del Perú. Mariátegui no estudió sino hasta el cuarto año de primaria; posteriormente, siempre fue un autodidacta. Mariátegui era baldado, tenía inutilizada una pierna y, al final de su vida, se la extirparon; como consecuencia de todo ello vivió inmobilizado totalmente en su silla de ruedas. Mariátegui se inició en el trabajo tempranamente, a los 14 años, como alcanzarejón (ayudante de linotipista) en uno de los periódicos más reaccionarios del Perú: el diario “La Prensa”. Sin embargo, fue un genio, por autodidacta, por el deslumbramiento que tienen ciertos hombres; ascendió, desde los talleres de la prensa, a corrector de pruebas, a encargado de los artículos de provincia, a cronista policial, a cronista teatral e intelectual y, por último, a columnista diario y orientador de la opinión pública, todo ello en un lapso rapidísimo.

Mariátegui era poeta. En la primera etapa de su vida se reveló como poeta espectacular, como poeta sentimental intelectualizado. Mariátegui en esa época era bohemio, le gustaba pasear por el Jirón de la Unión (una vieja calle limeña, una de esas calles tradicionales que existen en todos nuestros países de América Latina: Madero aquí, Florida en Buenos Aires, etc.) con su gran capa negra, su chambergo negro, su corbata de lazo, su atuendo negro, su nariz aguileña, etc. Él representaba pues, en cierto momento de su vida, al hombre típico de una sociedad peruana todavía no formada, ni revolucionaria. Sin embargo, un hombre como él, pequeño de estatura, falto de una pierna, con cuarto año de primaria, hijo de indígena, sin mayor formación económica, se transformó rápidamente en el primer periodista del Perú y no solamente en el primer periodista del Perú sino también en el primer ideólogo del Perú y, posiblemente, en el primer teórico marxista latinoamericano con racionalismo propio.

¿Cómo pudo hacerlo? Evidentemente, esta superación intelectual en él nos muestra cómo nuestra raza y nuestro pueblo tienen capacidades de

construcción excepcional y cómo pudo crear genios. Nosotros aquí, en México, tenemos el caso de Benito Juárez, de procedencia también indígena, que llegó a constituirse en una de las cumbres latinoamericanas.

Mariátegui pues, al igual que Juárez, confirma el axioma de que todo hombre de América Latina proveniente del pueblo lleva en su pensamiento y en su andar la capacidad de dirigir a los pueblos e idealizarlos. No está negada para nadie en América Latina la capacidad de llegar a ser un líder intelectual, político y revolucionario como fue Mariátegui.

Mariátegui, debido a sus punzantes escritos periodísticos, fue deportado en 1919 a Europa por el gobierno peruano. En Europa completa su formación marxista y logra un aprendizaje genial de gran contenido humano.

Estuvo cuatro años en Europa donde conoció a Henri Barbusse, se interesó por la Revolución Rusa, asistió a la formación de los partidos comunistas de Francia e Italia, fue testigo del nacimiento y ascenso del fascismo en este último país; allí se hizo comunista, se hizo marxista-leninista. Regresó a Perú en 1923 y murió en 1930, había nacido en 1895. Podemos decir que su vida fue muy corta pues murió a los 35 años y, sin embargo, en sus años finales le dio al Perú lo que quizás pocos hombres le han dado a éste y a América. Cuando Mariátegui llegó a Europa, era un intelectual decadente, bohemio, no tenía una formación ideológica precisa; sin embargo, cuando él regresa en 1923, vuelve transfigurado ideológicamente para dedicarse a una intensa actividad tanto teórica como organizativa.

¿Qué cosas hizo Mariátegui entre 1923 y 1930? Yo quisiera que ustedes reflexionaran un poco en lo que les voy a decir: en estos siete años, nada más que en siete años, hizo en el Perú lo que ninguno de los peruanos ha hecho todavía en la época contemporánea: fundó el Partido Comunista Peruano, la Confederación General de Trabajadores del Perú, el Grupo Rojo Vanguardia, la Confederación Campesina del Perú; editó “Amauta” (significa maestro en quechua), la revista más importante y orientadora de toda América Latina; fundó el periódico “Labor”, especialista en

problemas obreros y, sobre todo, polemizó con todas las corrientes pequeño-burguesas y anarquizantes de su época; finalmente, entre otras cosas, sentó dentro de la política peruana y latinoamericana el criterio histórico, fundamental y contemporáneo de que la clase obrera era la clase productora del porvenir y la única que llevaba en su concepción la construcción de un nuevo régimen.

Yo tuve el honor de conocerlo siendo estudiante y como miembro del Grupo Rojo Vanguardia que fundó Mariátegui y del que fui Secretario General. Fue una satisfacción inmensa conocerlo, recibir sus enseñanzas y conducir por las calles limeñas su silla de ruedas para llevarlo al teatro o alguna conferencia obrera o similar.

Mariátegui siempre fue periodista, nunca dejó de serlo hasta la hora de su muerte. Mariátegui nunca escribió un libro, lo único que hizo fue escribir artículos. En vida publicó sus trabajos en varias revistas y periódicos, especialmente en las revistas “Amauta”, “Variedades” y “Mundial”. Después de que Mariátegui murió, sus hijos efectuaron una labor muy interesante: recopilaron todos sus artículos, los sistematizaron y luego editaron cerca de 30 volúmenes. Siempre fue un periodista innato que dio brillo a nuestra profesión.

Por otra parte, debo agregar que todas las tesis de Mariátegui no tuvieron una limitación localista, peruana, sino que, por el contrario, están referidas plenamente a la especificidad latinoamericana; esa es, en consecuencia, su gran contribución a la Revolución Latinoamericana. Él decía, por ejemplo, que la Revolución Latinoamericana no será nunca copia ni calco sino creación heroica de nuestros pueblos. Y esta afirmación provenía del profundo conocimiento que él tenía del marxismo y de su aplicación consecuente a los diversos países que integran la gran patria latinoamericana.

Él habló de la Revolución Cubana, de la Revolución Nicaragüense, de la Revolución Argentina, etc., pero con versiones propias, con idioma propio.

En una época en que se ponía en tela de juicio el papel que debía cumplir la clase obrera, debido a su poco crecimiento orgánico, Mariátegui demostró contundentemente que el proletariado seguía siendo la clase dirigente de la Revolución y no la clase media o la pequeña burguesía como sostenía el APRA. Esta corriente, pequeño burguesa en sus inicios y hoy defensora del gran capital, negaba al proletariado la conducción de la revolución. Mariátegui desenmascaró las verdaderas motivaciones apristas en una histórica polémica contra ese gran agente del imperialismo y la burguesía peruana que siempre ha sido Haya de la Torre.

En 1928 al Amauta Mariátegui le tocó vivir momentos muy importantes: éstos se iniciaron con la fiesta del Sandinismo. Mariátegui apoyó resueltamente a Sandino: hacía rifas, vendía tómbolas, etc., y conjuntamente con Esteban Pavletich, lugarteniente del Héroe de la Segovia, acuñaron el lema “Sandino, General de Hombres Libres”. Mariátegui fue infatigable defensor y animador del despertar glorioso de la Revolución Rusa y fue también testigo y crítico del despertar trágico del fascismo en Italia. Mariátegui escribió extensos artículos sobre el contorno de la Revolución Mexicana entre los años 23 y 24, sobre Villa pocos días antes de su asesinato, sobre Zapata, etc. Mariátegui, en pocas palabras, analizó toda la problemática latinoamericana de su época y combatió denodadamente las tesis que pretendían negar el papel del proletariado como fuerza dirigente de la Revolución Latinoamericana.

Finalmente, no me queda más que agradecer a la Universidad Autónoma Chapingo la invitación que me hizo llegar para que participara en esta mesa redonda y felicitarla por haber realizado este tipo de eventos, especialmente por aquellos que, como éste, contribuyen a refrescar nuestra memoria histórica en torno a los grandes personajes latinoamericanos que constituyen la columna fundamental de nuestras luchas, sobre todo

en esta época en que estamos enfrascados en una batalla a muerte y sin cuartel con el imperialismo norteamericano; en que está en marcha la segunda independencia de América; en que el proceso cubano es irreversible e invencible; en que la represión imperialista instrumentada por los gorilas nativos está asolando América, pero no retroceden nuestros pueblos, sino por el contrario, están empezando a cobrarse la revancha. Por ello, y ahora más que nunca, conviene hablar de las figuras señeras de nuestro pasado y de nuestra historia. Mariátegui, como Sandino hoy en Nicaragua, está presente en la batalla del Perú y en la Revolución Latinoamericana; Mariátegui tiene por derecho propio un lugar de primer orden en esta Revolución al lado de Fidel Castro, del Che, de Túpac Amaru, de Morelos, de Bolívar, de Salvador Allende, de Sandino, y de todos los hombres que continúan construyéndola.



Intervención de Rodolfo Puiggrós

Exrector de la Universidad Nacional de Buenos Aires¹

Después de 18 años vuelvo a Chapingo y, emocionado, encuentro a maestros que fueron mis alumnos y a alumnos que pueden ser maestros en el futuro, sobre todo en un acto como éste de recuerdo y homenaje al más grande de los marxistas de América Latina, al precursor de la teoría despojada de dogmas que de manera creadora la aplicó a la realidad específica de nuestra historia y nuestra realidad.

Quiero destacar que en la vida, en la corta vida de José Carlos Mariátegui (murió a los 35 años), se dio un proceso que todos nosotros hemos vivido o vivimos: unos existencialmente se quedan estancados; otros llevan su existencia hasta las últimas consecuencias.

En la vida de José Carlos Mariátegui hay ese proceso que ha señalado mi querido compañero y amigo Carnero Checa: el dandy limeño decadente, que en Europa descubre entonces el camino del socialismo en la realidad y que lo descubre después más profundamente en su propio

¹ Rector en 1973.

país, es el que funda el Partido Comunista y la Confederación General de Trabajadores.

Pero hay algo de suma trascendencia en Mariátegui y es que mediante sus fundamentos marxistas él descubre el problema indígena en el Perú, aplicando al estudio de este problema conceptos libres de dogma, apriorismo o prefabricación. En ese entonces se decía que para ir al socialismo nuestros países (de acuerdo con los consabidos esquemas aplicados a realidades europeas bajo regímenes feudales) tenían que hacer su revolución democrático-burguesa y que, por lo tanto, el “ayllu” indígena, la comunidad indígena, tenía que ser destruido y repartidas sus tierras.

José Carlos Mariátegui fue el primero que comprendió que los lazos de solidaridad preexistentes en las comunidades indígenas tenían que ser no solamente mantenidos o desarrollados sino que también debía producirse ahí la revolución científico-técnica para pasar posteriormente al socialismo. Él combatió la idea liberal-burguesa de que es indispensable pasar por una etapa intermedia democrático-burguesa para llegar al socialismo. Hoy sabemos por experiencia drástica, y por experiencia de América Latina, que es absurdo plantear que nuestros países pasen previamente por una etapa capitalista intermedia.

Mariátegui pues, como se comprobó después en Cuba y ahora en Nicaragua, señaló la imposibilidad de establecer (como quieren algunos periodistas, sociólogos y políticos imperialistas) un tipo de democracia burguesa que vaya directamente al socialismo. Esto lo vio hace 50 años José Carlos Mariátegui, por eso fue combatido en vida y, aun después de muerto, por eso fue criticado y, durante varios años, su estatua fue bajada de los altares, aunque después nuevamente su nombre empezó a resonar. Yo tuve la oportunidad de advertir su figura extraordinaria en la primera y única conferencia de partidos comunistas de América Latina, realizada en Montevideo en 1929. La ponencia presentada a la sazón por los delegados peruanos y redactada por el compañero José Carlos Mariátegui, fue una ponencia crítica; y más que crítica, escandalosa, porque

reivindicó los movimientos nacionalistas de masas de nuestro continente. Él decía algo en aquella época que parecía propio de un internacionalismo abstracto, antimarxista, antidialéctico: “no es posible ser efectivamente socialista, sin ser nacionalista y revolucionario”. Sin embargo, los hechos han demostrado que el camino hacia el socialismo pasa en nuestros países por el más acendrado nacionalismo, el nacionalismo popular de masas. Eso fue planteado ya hace 50 años por José Carlos Mariátegui. Por eso hoy, más que quizá en vida de Mariátegui, sus libros, sus escritos, cobran una enorme actualidad.

Me decía un compañero que estuvo en la sierra peruana que nada le emocionó tanto como ver a un indígena, que apenas sabía leer y escribir, leyendo los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” y especialmente el capítulo dedicado al problema indígena. Tal es así que los prejuicios liberal-burgueses que tanto combatió Mariátegui, hicieron fracasar la reforma agraria boliviana en 1952; en lugar de apoyarse en las comunidades indígenas donde están desarrollados (como decía Mariátegui) los vínculos de trabajo común que impulsan al socialismo, en Bolivia se trató de destruirlos para crear la propiedad privada agraria.

Hoy se sabe que la teoría de las etapas es una teoría abstracta y falsa; es como si ahora se dijera que Nicaragua es un país atrasado y, por lo tanto, antes de plantearse la tarea del socialismo, debe pasar por la etapa que cumplieron los Estados Unidos o Inglaterra. Yo creo que éste es uno de los más grandes méritos de José Carlos Mariátegui.

Su influencia en el resto de América Latina siempre fue muy grande. Recuerdo que en 1929 y 1930 nosotros en Argentina esperábamos anhelantes la llegada del correo de Lima con los ejemplares de “Amauta”, la revista de José Carlos Mariátegui, revista formadora de varias generaciones. Al principio, su influencia no fue inmediata por los prejuicios dogmáticos existentes, por el poder de los esquemas.

No sabemos a dónde hubiera arribado Mariátegui de haber vivido más años. La verdad es que en esos últimos 7 años de su existencia, de 1923 a 1930, su genio tuvo los momentos de máxima expresión. Mariátegui nos ha dejado un conjunto de tesis en todos los campos (el análisis del problema indígena, de la cultura, del Estado, de la democracia, etc.) que pueden servir de base todavía en la actualidad para nuestro futuro.

Por eso, en estos momentos en que nosotros asistimos al comienzo de las grandes transformaciones históricas en nuestra América, cuando vemos cómo en el resto del mundo pequeños países y pueblos llamados despectivamente atrasados se levantan y desafían a grandes potencias imperiales y vencen, cuando en pequeñas islas del Pacífico y del Índico se forman movimientos de liberación nacional, entonces comprendemos que los conceptos y las ideas de un pensador de un país de nuestra América, perdido en el Perú, cobran gran fuerza histórica y serán las que van a conducir al Perú y al conjunto de América Latina a su liberación y victoria definitivas.

En Argentina, donde José Carlos Mariátegui es muy querido, los que escribimos hemos analizado la historia de nuestro país en el ángulo de las luchas del pueblo por su liberación, hemos puesto el acento fundamental en el papel hegemónico de la clase obrera y hemos reivindicado a los movimientos indígenas del pasado.

Por todo ello, reconocemos en José Carlos Mariátegui a un maestro que no solamente no ha perdido actualidad sino que retoma cada día más importancia en la conducción de nuestras luchas.

Mariátegui es, y será todavía más en el futuro, el gran precursor e iniciador del marxismo, el creador antidogmático de América Latina.



Intervención de José Aricó

Profesor del Colegio de México y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales¹

A través de las palabras de Carnero Checa hemos podido apreciar un perfil de la figura de Mariátegui, perfil que creo el maestro Puiggrós ha contribuido a definir en un sentido determinado y del que yo haré una mayor referencia en mi intervención.

Estamos definiendo a Mariátegui como el primer ideólogo latinoamericano y, a la vez, como el más grande de los marxistas latinoamericanos. El problema que se nos puede presentar es, ¿por qué un movimiento social de la profundidad del latinoamericano, tan rico, tan lleno de experiencias, de organización, de victorias, de derrotas, etc., debe reconocer la presencia de un marxista latinoamericano, por no decir casi el único? Esto, igualmente, ya nos plantea dos problemas: el de la ausencia de un pensamiento teórico marxista latinoamericano, por un lado, y, por el otro, el problema de cómo un pensador con todas esas características físicas, sociales y de clase, que se enunciaron aquí, fuera capaz de formular un conjunto de tesis que hoy reclamamos como válidas.

Estos son, pues, dos aspectos principales que hoy es necesario indagar para entender que no se trata simplemente de rendirle homenaje a un pensador que en 1980 se cumplen 50 años de su muerte. Se trata, entonces, de indagar el problema Mariátegui para comprender cómo pudo ser

¹ Entre 1976 y 1983 Aricó estuvo exiliado en México. En distintos momentos impartió docencia en FLACSO-México y el Colegio de México.

posible que él pensara de una manera propia y también de que hablara de una manera distinta del conjunto de los desentendidos marxistas latinoamericanos de su época. Quiero advertir que rescatar la figura de Mariátegui es rescatar un problema del marxismo latinoamericano. Un problema que hace referencia a sus potencialidades, pero también a sus profundas limitaciones. Una operación de rescate de la figura de Mariátegui, en consecuencia, es una operación de rescate de todo lo válido que tuvo la historia del movimiento social latinoamericano desde esa fecha hasta ahora. Y esta operación es necesario realizarla porque no existen sólo victorias del movimiento revolucionario sino también profundas derrotas, graves derrotas, no digo irrecuperables derrotas, que exigen un repensamiento, una reelaboración, una reescritura, una nueva reflexión sobre ellas. No nos estamos refiriendo solamente a las victorias y derrotas del movimiento revolucionario de América Latina sino también a las que ocurrieron en el resto del mundo. Los marxistas de todo el planeta deben analizarlas rigurosamente para combatir las en la realidad.

El hecho de que las enseñanzas de Mariátegui, los trabajos de Mariátegui, comiencen a circular de una manera inédita en América Latina, está expresando ya un estado positivo del movimiento social latinoamericano. Aquí conviene recordar que la figura de Mariátegui estuvo por algún tiempo ocultada, silenciada o deformada dentro del movimiento social; que, sin embargo, existieron corrientes mariateguistas de opinión dentro de los partidos comunistas, consideradas por éstos como graves deformaciones latinoamericanas del marxismo en la década de los 30 y muchos años después. El pensamiento de Mariátegui era objeto de sospecha y, por eso, la empresa de difundir el mensaje de Mariátegui fue una empresa particular de sus hijos y no de las organizaciones políticas latinoamericanas.

Mariátegui, en su corto periodo de vida, desarrolló un profundo trabajo de organización de masas pese a las difíciles condiciones políticas de su país y a las de tipo personal por las que él atravesaba. Este trabajo, de una manera u otra, nos muestra una concepción de las relaciones entre intelectuales y

masa, entre dirección política y organización de las clases populares, radicalmente distinta de las concepciones imperantes en ese momento. De allí, entonces, que tengamos que analizar porqué se dieron estas circunstancias que posibilitaron que un pensador, un poeta decadente, un periodista que escribió en los órganos de la reacción peruana, pasara de una situación de este tipo a convertirse en el líder intelectual de un movimiento de transformación social no sólo en Perú sino en toda América Latina. Me parece, por otro lado, que la tendencia a recortar o separar una suerte de “edad de piedra” de Mariátegui (caracterizada por su aristocratismo) de su etapa de adscripción lisa y llana al marxismo, es una forma falsa que no nos permite comprender cabalmente su proceso de transformación y formación ideológica. En su época de “edad de piedra,” Mariátegui era un pensador profundamente católico y su postura aristocrática era la respuesta a la descomposición neocolonial de la sociedad peruana, pero ella no se traducía en una actitud aristocrática frente a las masas. Por ello, vale la pena leer no sólo sus obras posteriores sino también todos sus escritos anteriores para descubrir en ellos una idea que germina en una cantidad de trabajos periodísticos y que es la idea que, por obra y gracia de circunstancias particulares, le permitirá ser el único de los marxistas latinoamericanos que encontró en el movimiento indígena las fuentes de regeneración de la sociedad.

Esa idea es la organización de las masas para alcanzar la posibilidad de la unidad nacional, de la construcción nacional del Perú, que es el problema de todos los peruanos desde la Guerra del Pacífico. Es más, en mi opinión, la discusión central de Mariátegui con el aprismo, para entenderla en sus delimitaciones concretas, no estribaba tanto en si el proletariado debería dirigir o no la revolución, sino si las masas organizadas debían construir una nueva nación o si la actuación directa de un líder por encima de unas masas desorganizadas que no actuaban, no operaban, era la salida para el Perú. Esta idea de la organización de las masas es la que le permite a él pasar de este decadentismo a reconocer algo que constituía la presencia rígida de un movimiento social, en expansión gigantesca, como era el movimiento indígena peruano que estaba absolutamente de espaldas a esta división que caracterizaba a los intelectuales peruanos en esa época.

Él encontró la necesidad de afincarse en esa realidad, como base para la transformación del Perú, porque tenía una visión no sectaria ni cerrada frente a la capacidad de autocreación de las masas que difería del esquematismo dogmático propio de las organizaciones comunistas latinoamericanas incapaces de entender el problema indígena en esa época. A esta visión también contribuyó decisivamente el hecho de la Revolución Mexicana, revolución que aun cuando empieza en 1910 es una ilustre desconocida en toda América Latina. Toda esa década del 10 al 20, y ante la presencia de esa revolución con ciertas características campesinistas, Mariátegui se interesa profundamente por ella a fin de encontrar la fuente de vinculación entre el movimiento intelectual y el movimiento indígena.

Fue, entonces, su rechazo a las concepciones dogmáticas del marxismo, su concepción abierta, heterodoxa e iconoclasta del marxismo, lo que le permitió a él determinar con bastante precisión los sujetos históricos para la transformación del Perú. Aun cuando partiera de la necesidad del proletariado como eje, como clase dirigente del proceso, es evidente que la centralidad proletaria en una sociedad neocolonial de las características de la sociedad peruana estaba cuestionada por la debilidad de su densidad en América y por la debilidad de su capacidad organizativa.

En consecuencia, es su idea de bloque popular (donde se perfilan las interrelaciones entre intelectuales urbanos, intelectuales campesinos, movimiento campesino, movimiento indígena, movimiento proletario), es esta idea enormemente rica, que está esbozada en pequeños trazos, a veces en tesis, otras en reportes, algunas en noticias periodísticas, lo que le da a Mariátegui una visión de lo que significa la hegemonía proletaria, la hegemonía socialista, la cual es una visión absolutamente particular en el marxismo latinoamericano, es una idea que hoy aparece como potencialmente productiva en el movimiento mundial.

Mariátegui es una de las grandes figuras del marxismo no sólo latinoamericano sino también mundial y, en ese sentido, es un ejemplo de lo que puede significar una visión profundamente creadora de cómo se

plantean los movimientos de masas, de cómo se plantean las respuestas populares, de la necesidad de esas organizaciones. Esta concepción se despliega en todos los trabajos de Mariátegui.

Basta ver la revista “Amauta” –no sé si ustedes la han hojeado– para encontrarse con una revista que posibilitaba la relación de toda la inteligencia peruana con sus respectivas masas para ver qué pasaba con la cultura del mundo, qué pasaba con todos los movimientos literarios; esta noción, entonces, es una noción gramsciana que apunta a una reforma intelectual profunda y previa a toda la etapa de organización; esta idea está en Mariátegui y yo creo que se despliega, de una manera u otra, en sus tesis del 29 y por eso fueron profundamente combatidas.

Mariátegui no fundó el partido comunista, fundó el partido socialista. El partido socialista se convirtió en partido comunista un mes después de la muerte de Mariátegui, pese a que en sus estatutos afirmaba su adhesión a la III Internacional. El hecho de que Mariátegui, reconociendo el papel de la Tercera Internacional, de los partidos comunistas y de las masas, se hubiera orientado no hacia la formación del partido comunista sino a la de un partido socialista, estaba planteando una manera singular o particular de ver las relaciones entre movimiento internacional, movimiento de clase y movimiento nacional peruano.

Es ahí desde donde, a partir de esas hipótesis insertas en el pensamiento de Mariátegui, hoy se deben desarrollar dichas hipótesis en virtud de nuevas circunstancias y en virtud de que se ha dado una revolución del tipo de la Revolución Cubana donde esta congruencia de movimiento popular, nacional, liberador, etc., pudo encontrarse con el marxismo y, además, debemos decir que hasta ahora ella ha sido la única experiencia de revolución en América Latina donde este difícil, completo, tortuoso y complicado proceso de mancomunar una concepción de movimiento nacional con una concepción de clase socialista pudo ser resuelto.



Intervención de Francisco Paoli

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Azcapotzalco¹

Mi intervención se centrará en la interpretación que Mariátegui hizo de la Revolución Mexicana, sobre todo a partir de ciertos escritos periodísticos suyos que bien podrían llamarse coyunturales, ya que no existe una interpretación estructural de Mariátegui sobre la Revolución Mexicana y en tanto que el trabajo periodístico está claramente inclinado al tipo de análisis coyuntural.

Este pequeño trabajo, que voy a referir enseguida, lo preparé hace dos años a invitación de un grupo de estudiantes peruanos. Durante todo este tiempo he releído el trabajo y las obras de Mariátegui hasta donde me ha sido posible. Quisiera advertir que mis puntos de vista, algunas veces críticos, del pensamiento y de la interpretación de Mariátegui, no pretenden de ninguna manera echar abajo lo que se ha dicho ya brillantemente en esta mesa: la capacidad mariateguista de interpretación original, no dogmática tradicional, que se fija fundamentalmente en las realidades propias como meta básica para el análisis que va hacia la transformación

¹ Director de División de Ciencias Sociales y Humanidades entre 1978 y 1982.

y no simplemente del análisis per se del que Mariátegui siempre fue un rechazador. Sin embargo, a pesar de esta profunda convicción, de este valor importantísimo de Mariátegui como el más original marxista latinoamericano, tal vez el único original, quisiera comentar algunas captaciones de Mariátegui sobre la Revolución Mexicana con las que, si bien en lo sustancial coincido, me gustaría efectuar una reinterpretación crítica para no dejarlo en las fórmulas que él planteó y que indudablemente, a veces, tienen una cierta resonancia propia de un marxismo tradicional, máxime cuando éste se aplica en algunas categorías, no para analizar la realidad propia e inmediata peruana, sino la de otros países y, en este caso, para analizar a los actores políticos de la Revolución Mexicana, sobre todo en la década del 20 al 30.

Antes de entrar al tema de la interpretación social y política mexicana de las tres primeras décadas del siglo que hizo Mariátegui, me gustaría decir dos palabras acerca de sus ideas sobre la unidad de los pueblos de Indoamérica, como le gustaba llamar a la región. Su idea de la unidad no era ingenua como la de muchos pensadores de su tiempo. Su formación para captar las realidades económicas y sociales que condicionan el acontecer histórico, estaba ya bastante desarrollada. Sin embargo, pese a que su concepción no empujaba al escepticismo, aceptaba que no había tal unidad en Indoamérica a la que concebía como un objetivo moral, como resultado de un largo y esforzado proceso. A la luz de muchos hechos posteriores, podríamos decir que incluso se pasa de optimista Mariátegui en relación con la unidad; pero ese era su papel finalmente. El ideólogo siempre tiene algo de utópico en el mejor sentido de la palabra, es aquel que empuja lo que todavía no tiene lugar en la sociedad para que posteriormente llegue a tenerlo, el que se adelanta a los hechos y se hace visionario para que las masas vayan hacia su consecución.

Estaba Mariátegui para animar la unidad de los pueblos de Indoamérica; no cualquier unidad, no la de sus burguesías, no la de sus gobiernos oligárquicos, que es la que se ha intentado finalmente en algunas ocasiones, no la de sus dictadores militares, sino la de sus trabajadores manuales e

intelectuales (esto último era lo que buscaba, como apuntó en sus reflexiones, para diferenciar el iberoamericanismo del panamericanismo). Para ello, también había que recoger las grandes luchas de los trabajadores de América del Norte y las de los trabajadores del América de habla inglesa.

“Los hombres están más unidos por el trabajo que por el continente físico”, repasemos algunos párrafos a este respecto. “La América española –dice Mariátegui– se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada; sin embargo, el optimismo de su unidad no es una utopía; los hombres que hacen la historia hispanoamericana no son diversos; entre el criollo del Perú y el criollo argentino, no existe diferencia sensible, el argentino es más optimista, más afirmativo que el peruano, pero uno y otro son irreligiosos y sensuales, hay entre uno y otro diferencia de matiz más que de color”.

Obviamente Mariátegui exageraba, pero era una exageración literaria que, aunque un tanto licenciosa, empujaba el ideal de los pueblos hispanoamericanos. Para Mariátegui, la literatura que se estaba gestando en la región constituía una fuerza vigorosa en favor de la unidad, y en eso ha sido profético de lo que ha acontecido en décadas más recientes. La literatura hispanoamericana ha seguido sentando bases de unidad de conocimiento mutuo entre los distintos pueblos más divididos por los intereses de la burguesía internacional, de sus socios nacionales, que por otras fronteras. El trabajo intelectual era un buen puente para iniciar aquel proceso de unificación.

Es difícil encontrar en la literatura de ese tiempo a alguien fuera de México que conociera la historia social y política de nuestro país con el detalle con el que la conocía Mariátegui. Un dato importante para calcular esta significación de su conocimiento de la realidad mexicana, a la que después entraré a hacer una crítica, es que Mariátegui nunca visitó México. Leía ávidamente las noticias sobre nuestro país; las cazaba

tempranamente en los teletipos de los periódicos peruanos, en los que colaboraba; conversaba con los viajeros que regresaban de México.

En algunos escritores y periodistas extranjeros no encontramos ningún análisis social y político medianamente aceptable a partir del de Mariátegui. La mayor parte de los pensadores e intelectuales de esa época eran demasiado metafísicos, demasiado idealistas, las referencias al movimiento social mexicano podían hacerlas desde una perspectiva ética o bien moralizante, pero nunca social o política. Otra excepción digna de destacarse es tal vez la de Alfredo Palacios, el dirigente socialista argentino que incluso estuvo cerca de algunas experiencias populares de la Revolución Mexicana: me refiero a su captación de una experiencia que yo he estudiado (el Partido Socialista del Sureste) y que sin duda fue la experiencia más radical de nuestro movimiento social de la década de los 20.

Mariátegui analizó algunos de los problemas y acontecimientos más trascendentales de la formación social y política mexicana; lo más probable es que sirios y troyanos no acepten algunas de las categorías de dichos análisis, sobre todo a la luz de la investigación en las últimas décadas. Lo importante, sin embargo, no eran las categorías mismas sino el esfuerzo del análisis, así como algunas de sus conclusiones más interesantes.

Mariátegui tipifica ciertos procesos equivocadamente pues no contaba con muchos de los datos que recién conocemos ahora: dice, por ejemplo, para la clase campesina que resultó totalmente proletarizada, refiriéndose a los despojos de las tierras por parte de los latifundistas del porfiriato; por otro lado, usando una categoría plenamente europea, dice que la plutocracia porfirista de los científicos feudalizó a México. Esto es contradictorio porque si proletarizó a la clase campesina no pudo, al mismo tiempo, feudalizar al país. Las expresiones de Mariátegui revelan una cierta profundidad de análisis debido a su posesión de datos un tanto parciales, es decir de aquellos que tuvo a la mano; pero de ello no puede culpársele, porque algunos datos los estamos empezando a investigar apenas en los años recientes. Es cierto que una parte importante de la fuerza de

trabajo para las nuevas industrias promovidas por el porfiriato venían del campo, que esa fuerza de trabajo se proletarizó, también es cierto que las haciendas porfirianas constituyeron organismos que en algunos rasgos sociales se parecían a los feudales, aunque tenían una diferencia económica fundamental: producían en gran medida para el mercado.

Lo importante que debemos destacar aquí es el tipo de preocupación que Mariátegui tiene, el tipo de explicación de los acontecimientos que sus mismas categorías proponen e intentan dar, en contraste con las alusiones literarias o filosóficas que predominaban en su tiempo; las de Mariátegui, por el contrario, se inscriben en las preocupaciones sociales de nuestros días. Si bien su análisis socioeconómico sobre la problemática mexicana puede precisarse y sistematizarse, en cambio, su análisis político resulta mucho más certero: ve la lucha política como lucha de clases y no como la de protagonistas individuales cuyas acciones se deben explicar por argumentos voluntaristas. Recuérdese con detenimiento cómo ve a Madero una vez que éste asciende al gobierno: por un lado, están la burocracia terrateniente, los comerciantes, los financieros porfiristas; y por otro, los trabajadores del campo y de la ciudad, quienes buscaban las conquistas que los beneficiara como grupo, como clase; analiza la rápida pérdida de la base popular del gobierno de Madero y el contragolpe porfirista en dos etapas: primero, la fallida insurrección felixista y luego la triunfante, aunque efímera, de Victoriano Huerta.

Es decir, no se refiere a un Huerta malvado, realmente despreciable, borracho y traicionero solamente, como eran las expresiones de ese tiempo, sino que lo explica como un representante de la vieja oligarquía que se había fortalecido bajo el largo período de Porfirio, pero una vez derrocado éste tenía que buscar la expresión de su interés, de su dominio como clase, mediante un movimiento político fiel a esos intereses. Veía la política como juego de fuerzas, como contradicción de fuerzas, a pesar de los tropiezos anteriores. Mariátegui ve en el movimiento revolucionario de 1920 una promoción social, económica y política que no podía ser contenida por la oligarquía porfirista o de cualquier otro nombre.

Félix Díaz y Victoriano Huerta son para él breves estorbos en el camino de una revolución social con características propias. Estas características se expresan en la Constitución de 1917, particularmente en sus artículos 27 y 123, pero el programa que podía realizar el movimiento revolucionario iba más allá de lo que Carranza acepta y lleva a cabo. Carranza era, después de todo, un terrateniente dispuesto a no realizar una revolución agraria con repartos masivos de tierra.

Mariátegui ve al gobierno de Obregón, sobre todo en materia de cambio social, como un paso adelante, y también refiere que bajo su protección se desarrolla un experimento colectivista en Yucatán. Esto último habría que matizarlo mucho pues, estrictamente, no es cierto que Obregón protegiera dicho experimento. Esto lo sabemos hoy tras investigar largamente al experimento socialista de Yucatán y también porque existía una circunstancia que había forzado a Obregón a llegar a una alianza que estaba dispuesto a cancelar después de lograr ciertos objetivos, pero esto no es nuestro tema. La obra más avanzada de Obregón es la educación, según plantea Mariátegui, inspirada y dirigida por su ideólogo José Vasconcelos a quien Obregón hace su secretario en este ramo.

Mariátegui considera a Vasconcelos uno de los hombres de más relieve histórico de la América contemporánea, y después va a criticarlo. Dice sintéticamente que la obra educativa de Vasconcelos se puede resumir así: “ha usado los más originales métodos para disminuir el analfabetismo, ha planteado las universidades para las clases pobres, ha difundido como un evangelio en todas las escuelas y en todas las bibliotecas los libros de Tolstoi y de Romain Rolland, ha incorporado en la ley de instrucción la obligación del Estado de sostener a los hijos de incapacitados y a los huérfanos, ha sembrado escuelas de libros y de ideas de inmensa y fundada teoría marxista”. Mariátegui juzga el gobierno de Obregón positivamente: “el gobierno de Obregón representa un movimiento de concentración”; ¡fíjense qué captación de la perspectiva política! “(...) el gobierno de Obregón representa un movimiento de concentración de las mejores fuerzas revolucionarias de México”. En el nivel de lo posible,

Obregón –sigue diciendo– inició un período de realización firme y sagaz de los principios revolucionarios apoyado en el partido agrarista, en los sindicatos obreros y en los intelectuales renovadores.

El error de Mariátegui no está tanto en la apreciación del primer gobierno de Obregón sino en la justificación que hace de la reelección de 1928. Las circunstancias sociales económicas y políticas en 1928 no eran las mismas que en 1920. En efecto, el Obregón de 1920 (elegido en una revolución anti-reeleccionista) no es el mismo de 1928 en que es reelegido y se perfila como un dictador que podría empezar a seguir los pasos de Porfirio; para entonces Obregón se había hecho un tanto conservador, algo de esto acepta Mariátegui.

Hay que aceptar, no obstante, que en el panorama político humano de 1928 era difícil encontrar alguna alternativa real, política, más avanzada que la que representaba Obregón; es posible que existiera, pero no se la veía claramente. El movimiento revolucionario había entrado en un impasse y Cárdenas estaba todavía muy lejos; aunque a la vuelta de unos años llegaría, para efectos de la revolución estaba todavía muy lejos en 1928.

Mariátegui hace posible un análisis que a la postre puede calificarse de exacto, de esto no me cabe duda. El contragolpe de la reacción ante los gobiernos más avanzados de Obregón (20 al 24) y Calles (24 al 28) lo ve Mariátegui en la insurrección encabezada por De la Huerta en 1923, primero, y, posteriormente, en el conflicto religioso de 1926-29.

Según Mariátegui, el conflicto cristero revelaba más que el sentimiento conservador. Por otro lado, no sobrestima la posición de Calles como demasiado avanzada, lo ubica como laborista y como gobernante que en cierta medida ha frenado los cambios sociales y ha buscado establecer al gobierno revolucionario. Mariátegui se mantiene atento a la crítica que la propia izquierda mexicana endereza contra Calles, pero sobre todo destaca como analista político de gran finura cuando hace la separación

de algunos dirigentes radicales del proletariado rural y urbano y del gobierno callista. Otro dato que vale la pena destacar, porque revela la fina percepción política y social de Mariátegui, es su posición respecto al laicismo liberal invocado por Calles durante el conflicto religioso. Sí defiende Mariátegui la posición de Calles, a pesar de que declara que no es partidario entusiasta del gobernante mexicano. Sin embargo, a la luz de los acontecimientos mexicanos, según la óptica de Mariátegui, el asunto religioso no podría discutirse puramente en términos ideológicos o religiosos sino en términos políticos, porque los ataques al laicismo gubernamental escondían otros propósitos conservadores, en gran medida empujados desde el extranjero.

Mariátegui veía en la Revolución Mexicana un proceso hacia el socialismo. Este último arribaría cuando ese proceso se hubiera cumplido plenamente: “el Estado mexicano no se llamará neutral ni laico sino socialista”, señala el pensador peruano. En cuanto a las elecciones posteriores al asesinato del general Obregón, el análisis de Mariátegui señala que el bloque de fuerzas unificadas por Obregón tenía diferencias muy fuertes en su interior; así pues, asesinado Obregón, “la ruptura sobrevino violentamente”; ante esta ruptura, Mariátegui aventura pronósticos con bastante tino, lo que revela ya su cercanía. Por una parte, prevé la candidatura de Vasconcelos (que se da en 1929) y, por otra, la del líder laborista Luis N. Morones (este contaba con la fuerza organizada de los sindicatos). También veía la candidatura de Aarón Sáenz como posible candidato de otro grupo obregonista; nótese los matices de captación de la coyuntura mexicana.

El análisis de la candidatura, así como de las posiciones que representaba Vasconcelos, me parece genial y lo voy a reproducir rápidamente “Vasconcelos se ha declarado pronto y anima la lucha como candidato; aunque auspiciado por el partido antirreeleccionista, y probablemente apoyado por elementos conservadores que ven en su candidatura la promesa de un régimen de tolerancia religiosa, puede ganarse a una buena parte de los elementos incidentes o descontentos que la ruptura del

frente obregonista (1928) deja fuera en dos bandos rivales; por el hecho de depender de la concentración de fuerzas heterogéneas que en la anterior campaña eleccionaria se manifestaron contrarias a la unidad, su candidatura en caso de ser confirmada no podrá presentar un programa concreto, definido; a sus pies –sigue diciendo Mariátegui– sus votantes tendrían en cuenta sólo las cualidades intelectuales y morales de Vasconcelos y se conformarían con la posibilidad de que en el poder puedan ser aprovechadas con buen éxito”.

“Vasconcelos pone su esperanza en la juventud –continúa Mariátegui–, piensa que mientras esta juventud adquiere madurez y capacidad para gobernar México, el gobierno debe ser confiado a un hombre de la vieja guardia a quien el poder no haya corrompido, o sea a él, y que preste garantías para proseguir la línea de Madero; sus fórmulas políticas, como se ve, no son muy explícitas; Vasconcelos en ellas sigue siendo más metafísico que político”.

Mariátegui obtiene conclusiones muy atinadas en este período de la historia de los gobiernos revolucionarios: la política revolucionaria se había debilitado, la fuerza de los trabajadores de campo y de las ciudades había disminuído notablemente, las fracciones conservadoras en cambio ganaban posiciones.

El gobierno provisional de Portes Gil es calificado por Mariátegui como reaccionario, no sin razón; su indicador es de que combate este presidente a la principal central obrera de ese tiempo (la CROM). La verdad es que, para entonces, la CROM había caído en una corrupción de la que ya no saldría; tenía razón, sin embargo, en señalar que el ataque a la CROM traía como consecuencia una reducción de la influencia de las masas obreras en la política mexicana y ésta es una captación importante.

Para Mariátegui esta actitud no era una decisión de la voluntad individual de Portes Gil sino un “cambio decidido por las fuerzas contrarias a la CROM, desarrolladas en el bloque gobernante en los últimos años”.

Mariátegui apunta con claridad la unión o alianza entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera-campesina para colaborar en las reformas sociales, éste es otro dato muy significativo. Ello sucede entre los años 1920-1928, es decir, entre los gobiernos de Obregón y Calles; en 1929, un año después, la crisis del movimiento reformista es bastante obvia. Los diversos embates, la insurrección de De la Huerta, el levantamiento de Gómez y Serrano y el conflicto religioso, producen su efecto. Para entonces, hay que advertir que aquella pequeña burguesía insurgente (como la llama Mariátegui) ya ha dejado de serlo, se ha enriquecido y se ha hecho burguesía mayor en proporción muy considerable a los cañonazos de 50 mil pesos a los que Obregón se refiere alguna vez festivamente. Yo digo que éstos cínicamente habían sido disparados con gran propulsión durante todos estos años, independientemente del crecimiento privilegiado de la antigua pequeña burguesía insurgente; había crecido también el capital y la fracción de la burguesía que lo poseía.

Una afirmación de Mariátegui que, a mi juicio, es todavía válida para definir la naturaleza actual de la correlación de fuerzas y su operación respecto al sistema político mexicano, es la siguiente: “Las energías más inexpertas de la reacción se habían consumido en el intento de atacar la Revolución, desde afuera; las más sagaces operaban dentro de la Revolución, en espera de que llegara la hora de la acción termidorial”.

Esta apreciación del Amauta es considerable, máxime si vemos que se refiere a una problemática que se iniciaba en el Estado mexicano de ese entonces y que permite explicar muchos acontecimientos posteriores. Incluso en nuestros días, ésta es una de las razones más fuertes por las que se puede explicar el hecho de que en México no se haya desarrollado un partido importante de la derecha: ella no ha necesitado de partidos, ha actuado desde el interior del aparato estatal y también ha presionado a éste con gran eficacia. Eso explica, asimismo, en alguna medida, que en todos estos años de estabilidad política la lucha de clases ha venido siendo neutralizada desde el aparato estatal; ese aparato ha sido lo suficiente

permeable como para dar cabida a los contrarios en sus propios cauces, relajando su potencial de enfrentamiento.

Un párrafo de Mariátegui que precisa la naturaleza del Estado mexicano de ese tiempo, y que a mi juicio proporciona con claridad una visión considerable del desarrollo de las tendencias en dicho Estado, es el siguiente: “El Estado mexicano no era, ni en la teoría, ni en la práctica, un Estado Socialista. La Revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo; lo que este Estado tenía de socialista consistía en su base política obrera. Por moderada que fuese su política, la CROM como organización de clase tenía que acentuar día a día la socialización de la riqueza, pero, al mismo tiempo que la clase obrera se solidificaba dentro del régimen creado por la Revolución, la clase capitalista tenía en su favor una mayor madurez política. Los elementos pequeños burgueses, los caudillos militares de la Revolución, colocados entre las dos influencias, tienen que ceder a la influencia capitalista”.

Sólo años más tarde, con el gobierno de Cárdenas, las fuerzas populares toman un nuevo aire y parece que su empuje llevará al país al socialismo. Empero, ello no sucede; no se acumulan suficientes fuerzas, no se une a obreros y campesinos bajo la dirección fundamental de los primeros, no hay suficiente tiempo para el desarrollo organizativo y político de las clases laborales y, a partir del fin del gobierno de Cárdenas, la estabilidad política se ha cifrado en gran medida en un movimiento de balanza en el que las reformas sociales que benefician a los trabajadores son constantemente contrapesadas y regateadas en la vida diaria, a veces con mil y un subterfugios legales y extralegales montados por la clase dominante en alianza con el gobierno.

No ha vuelto a levantar cabeza, en términos políticos, el movimiento popular a partir de entonces. Termina una época política en México. Los trabajadores empiezan a formular lenta y penosamente sus movimientos; hay grupos, como los ferrocarrileros, que se manifiestan vigorosamente a finales de los 50, pero son aplacados; el movimiento popular

independiente trabaja en las catacumbas; muchas pequeñas insurrecciones se producen sin éxito.

1968 marca un hito significativo en la historia del movimiento popular independiente de México. A partir de entonces empieza a prepararse la nueva experiencia política de los trabajadores. Esta expresión está ya en camino, pero es todavía una fuerza muy pequeña.

Mariátegui siguió con especial atención los acontecimientos políticos de la década de los 20, que fue sin duda una década crucial en el acontecer político mexicano. Entre otras cosas, surge al final de esta década el partido oficial (PNR) en el que Mariátegui detecta tendencias fascistas. Analiza las alternativas que se presentan en las elecciones de 1929: Ortiz Rubio frente a Vasconcelos. Dice que ella no es ninguna alternativa favorable para el movimiento popular y declara que el panorama político mexicano es incierto y que podría sobrevenir una guerra civil.

El 19 de marzo de 1930, a menos de un mes de su muerte, y sin cumplir aún los 35 años, Mariátegui escribió su último artículo sobre la política mexicana en la revista "Variedades". Se trata de un artículo tremendo, ácido, crítico. Ataca los análisis pretendidamente teóricos de los empiristas excedidos en el reclamo de la especificidad de los fenómenos sociales y políticos latinoamericanos. Hace declaración de fe en la teoría social desarrollada en Europa, en el marxismo que proporciona instrumentos confiables de análisis y, con todo ello, plantea el centro de las disquisiciones científicas y sociales de los latinoamericanos que debaten sobre la dependencia, analizan los modos de producción y otros tópicos relacionados. También se refiere en este artículo a la Revolución Mexicana. Define el Estado mexicano como un Estado con fuerte inclinación fascista, lo cual no ha resultado totalmente cierto, y no quiere plantear una posición definitiva. Me parece que un error del análisis de Mariátegui, en lo que toca a esto último, está en la excesiva atención a una categoría de análisis que ciertamente se desarrolló en Europa y que él incorpora a su análisis a propósito de su experiencia europea. Esta categoría no puede

ni debe hoy en día ser desechada por el solo hecho de no haber sido producida en América Latina. Al contrario, ella representa un gran avance en la capacidad humana de análisis social; es más, me parece que todavía es un camino posible de análisis el que se abre a partir de ella. Y, sobre todo, ese era un camino muy explicable en los estudios pioneros de Mariátegui, pero no podemos quedarnos con ella como si fuera algo sustantivo, algo acabado. Se trata de categorías instrumentales para posibilitar un mejor análisis posible y, sobre todo, si queremos que sean teóricamente equivalentes a las europeas, debemos desarrollarlas a efecto de que permitan captar la realidad latinoamericana y la de cada uno de sus países en toda su riqueza, magnitud y complejidad.

Creo que esta, ya se ha dicho, es la gran aportación de Mariátegui, aunque existan unos cuantos traspiés en su análisis de la Revolución Mexicana.



Boletín del Grupo de Trabajo
Historia y coyuntura: perspectivas marxistas

Número 55 · Octubre 2024